

resco— convocan a teólogos y doctores a reunirse en torno de su sagrada ventriloquia, sin olvidarse de hacer sonar las campanas.

*Venecia*: la zona norte de la ciudad —extraño refugio de todos sus aspectos negros—, donde apenas nadie se aventura, al ser el Puente de los Suspiros el único afectado por la emoción oficial del turista. La sombra fría, nórdica, cortante, que cae desde el inicio de la tarde sobre los *Fondamente Nuove*... sus aguas de un gris tórtola cercadas por el muro de un camposanto. No muy lejos, en un pequeño y frío canal, un depósito de góndolas fúnebres, helado y grotesco a un tiempo, como la flota de Borniol junto al muelle de la Estigia. El *Ghetto Nuovo*: ventanas como ojos cansados, fachadas hurafñas que sudan un olor a miedo enmohecido y ruinoso que nos hace pensar en Shylock y en el pueblo apeestado de Nosferatu: esperamos ver ratas en cualquier momento. Al fin, al borde del promontorio de los *Fondamente*, aislada del borde mismo del agua por un enorme jardín (¡en Venecia!), aquella mansión atrayente habitada por fantasmas, aquel enigmático Casino de espectros que me señalaba B. Por desgracia, aquel día estaba en reparación tras una pantalla de andamios.

*Tabúes literarios*: Toda época es testigo de un grupo de escritores —en ocasiones de segunda fila— a los que durante un tiempo nadie se atreve a atacar ni a criticar en medio de la universal malevolencia parisina, como si una armadura de arcángel los protegiera. Al verlos, lo primero es descubrirse, en confianza, como si estuviéramos en un entierro.

Le sigue una primera picadura, y el olor de la sangre flota de repente sobre las aguas. Prevenidos no sabemos cómo, nubes de tiburones acuden desde el fondo del horizonte, y ninguno se despide sin antes haber obtenido su bocado: se despedaza.

El genio de Edgar Poe, casi tan evidente en la elección de sus epígrafes como en la materia de sus cuentos. Aunque los encadenáramos unos a otros, su *timbre* original no dejaría de resonar con una misma limpieza y fidelidad absoluta.

*Mallarmé*: quisiera verlo escrito en la lengua más jerárquica, más solícita en sus señales externas de respeto... como en esa bella lengua alemana donde cada sustantivo explota majestuoso detrás de su mayúscula.

Poesía: yo no sé si la poesía, como suele decirse, ha tenido sus mártires, pero en nuestra época el más grande de sus confesores ha sido, sin lugar a dudas, *André Breton*.

*Lo más sutil del hombre es la sexualidad.*

Extraigo esta frase notable de un ensayo que no me ha dejado otro recuerdo.

*No se puede probar aquello que se cree. No se puede, asimismo, creer en aquello que se prueba.*

(Jünger: *El Muro del Tiempo*)

Y no dejan de gustarme las palabras de Thoreau en su lecho de muerte, replicando a los amigos que le hablaban de la vida futura (e imaginamos el gesto sin violencia, pero aun así un tanto *desbordado* del moribundo): «¡Un solo mundo a la vez!».

No se ha encontrado hasta ahora más que una categoría de personas que sostengan de tanto en tanto *que un par de botas valen más que Shakespeare* (Biélinisky): los escritores. Exclusivamente. Y, en lo que se refiere a este par de botas, hay incluso un escritor, y uno de los más grandes, que ha abandonado su pluma y se ha metido a fabricarlas: Tolstoï. ¡Paciencia! Sartre tal vez se le una: es nuestro gran escritor ruso.

Están los libros buenos y los libros malos. Pero el escritor, al ser también un lector, introduce una categoría como mínimo escabrosa: los libros que si bien profesa admirar como todo el mundo (y no hay por qué dudar de su buena fe), no se perdonaría jamás haber escrito. A éstos se suman los libros –infinitamente más raros, sin duda– que no admira y que, sin embargo, piensa le honraría haber escrito. Categorías vergonzantes, casi epidémicas, propias del escribano, que son al gusto un poco lo que el deseo al amor, y que desde luego no están hechas para simplificar las relaciones siempre volubles y en ocasiones crapulosas que el literato mantiene con la literatura.

Lluvia. Paso la tarde y parte de la noche releendo el *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, donde a Chateaubriand le abandona un tanto su genio. Quiere ser objetivo y sabio, y es frío: aburre. Cuando comparamos estas notas escrupulosamente refrigeradas con las *Mémoires*, se diría que comprendió demasiado tarde en qué consistía su aportación.

Lo que nos impacta, sobre todo, al leer este viejo libro de hace siglo y medio, es el oscuro y salvaje estupor que cayó a lo largo de quinientos años sobre los lugares más inspirados de la tierra gracias al sable otomano: el poder más puramente saturniano que haya surgido jamás sobre la tierra. Se

diría que el mundo –el mundo o la civilización, tanto da– no ha conocido en rigor más que dos plagas o calamidades absolutas y sin contrapartida posible: el diluvio y la conquista turca.

Me pregunto aún de dónde pudo surgir el humor de ese sueño en el que recibía una extraña postal, de la que al despertar sólo recordaba con una claridad singular la enigmática leyenda: *Grandes momentos de la Historia. Orillas del lago de Genesareth. Jesús predica a 187 metros por debajo del nivel del mar.*

Hojeando *Du côté de chez Swann* para averiguar el nombre de la casa de campo de la señorita Vinteuil, ese *Montjouvain* que es escapaba a mi memoria, unas pocas líneas sobre Gilberte en los Campos Elíseos detienen mi paso: se trata, en este punto, de la nieve sobre la balaustrada del balcón donde el sol que emerge deja «hilos de oro y reflejos negros». Es perfecto, no hay nada que añadir: he aquí una cuenta saldada en toda regla con la creación, y Dios pagado con una moneda que tintinea con tanta solidez como una moneda de oro sobre la mesa del cajero.

La *Academia Francesa* no sirve para nada. Su diccionario no tiene autoridad, su gramática está inconclusa. Por otro lado, tampoco es que moleste a nadie. ¿Por qué tomarla con esta querida antigualla, una de las curiosidades más folclóricas e inglesas que conservamos? No hay razón para estar *en contra* de estos hombres de muchas o pocas letras que se ciñen la espada y baten el tambor... basta, por supuesto, con permanecer fuera. Del mismo modo que no hay por qué pertenecer a los *Horse Guards* para divertirse con el desfile del cambio de guardia de Buckingham Palace.

¿Y ustedes me preguntan qué pienso de mis propios libros? Cosas infinitamente mejores, e infinitamente peores de las que ustedes piensan.

Breton me habla extensamente de su relación con Proust (corrigió para él las pruebas de *Côté de Guermantes*). De su apartamento, donde escondía comestibles en los armarios: bocados «muy delicados» que ofrecía a sus visitantes. Lo describe lleno de atención e interesándose en extremo por todos los que lo visitaban.

Habla también de las visitas del joven Aragon a Barrès: el nombre de Rimbaud acababa de ser pronunciado y Barrès fruce el ceño: no quería ni podía esconder su asombro ante lo que aquel galopín inconsecuente había logrado.